



EL MARQUÉS DE VALMÁR

Número sueto, 10 céntimos.—Semestre, 3 pesetas.

SOLDADO, 1, DUPLICADO

SUMARIO

TEXTO.—De lunes á sábado, *Querubin de la Ronda*.—Nuestros grabados, *Véritas*.—Historias madrileñas: la primera noche, *Cárlos Malagarriga*.—Plata meneses, *José de Herrera*.—Cosmorama: Emilio Sala, *Herrero*.—La flauta de oro: cuento de niños, *Julio Burell*.—La justicia de Dios, *Academus*.
GRABADOS.—El marques de Valmár.—En exploracion.—El gran capitán, Gonzalo de Córdoba.—La toma de Plewna.—Una andaluza.—Los piés de los chinos.

DE LÚNES Á SÁBADO

«Conspirando,» pudiera titularse el pasillo cómico representado en esta semana, si no fuera porque estos pasillos tienen ribetes de tragedia casi siempre.

Dejemos á los revisteros políticos la narracion de las prisiones y de los precedentes de la trama: allá ellos.

Si no fuese porque no se puede tropezar con un amigo sin que le pregunte: ¿No te han preso? ó ¿cuándo vés á la cárcel? y sin un conocido que refiera peripecias de la conspiracion no trataríamos de ella. ¡Pero cómo ha de ser! Ahora en Madrid es el tema más importante y no se puede prescindir de él.

Así tuvieran los horribles crímenes que se están cometiendo aspecto tan divertido.

A orillas del canal aparecieron há pocos días dos infelices niños asesinados sin que hasta ahora haya sido descubierto el infame matador.

Esta villanía, que no ha obedecido al deseo de lucro, ya que no se exigió á las familias rescate ni hubo secuestro, ha producido un movimiento de indignada cólera en todo Madrid.

Asesinar de ese modo, con ese ensañamiento y no saberse nada, ¿qué policía es esta?

Hacía ya muchos años que no se había cometido crimen tan espantoso. Porque si en tiempos del bandolerismo andaluz se secuestraban tiernos infantes y aún algunos pagaban con su vida la poca diligencia ó la falta de recursos de sus padres, esto pasaba en provincias apartadas y en épocas de terror y de desorganizacion; pero no enseguida que hubo vigilancia y severa represion.

Dejando á un lado estas notas tristes de la semana, hablaremos algo del incidente Massini en el Real.

Desde que Gayarre alcanzó los ruidosísimos triun-

fos que todos sabemos, en París, sus partidarios madrileños se prometieron un ruidoso desagravio.

En años anteriores, las luchas entre Massinistas y Gayarristas eran unas cruzadas. Marchóse Gayarre y sus fanáticos no perdonaron á la empresa que no lo hubiese retenido.

El deseo de ensalzar al gran tenor español, provocó una manifestacion injusta contra el gran tenor italiano.

Massini, agraviado, retiróse de la escena y el público, á los dos días, contestó á la agresion con una acogida como no había tenido nunca.

Estas luchas de gentes que no se entusiasman sino por los tenores, van haciendo imposible nuestro Teatro Real, el más brillante del mundo.

Gayarre no quiere volver más.

Massini ha pedido la rescision del contrato y como Stagno está decadente no hay tenor de primera fuerza para la próxima temporada. Todos huyen, con motivo, para no ser víctimas de las disputas del paraíso.

¡Ahí es nada encontrar un tenor bueno!

Los antropólogos demuestran que la voz del hombre gana en robustez y que van disminuyendo los tenores.

Hace doscientos años eran muy comunes esas voces dulces y finas y dentro de doscientos serán tan raras que se pasmarán las gentes ante un Gayarre del porvenir.

Hoy en el mercado artístico abundan los barítonos hasta el exceso y escasean los bajos y tenores.

La voz del tenor no es la voz del hombre, es un poco femenina. La voz de bajo es ya un exceso de robustez.

Por eso ya que tenemos la suerte de que una de esas raras aves canten en Madrid, debiéramos mirarlas muchos para que no volaran á otro lado.

Dicen que Massini ya no vuelve. Pero no lo creo, el desagravio ha sido más ruidoso que la ofensa y por mucha susceptibilidad que sea la suya, no podrá resistir á los millares de dulces vocesitas femeninas que le pedían la otra noche en el Real que se quedara.

QUERUBIN DE LA RONDA.

NUESTROS GRABADOS

EL MARQUÉS DE VALMÁR

El distinguido académico D. Leopoldo Augusto de Cueto marqués de Valmar, no es el primero de la serie que pensamos publicar.

El Sr. Marqués pertenece á familia de literatos. Su cuñado fué el ilustre duque de Rivas. Entre las obras más importantes del Sr. Cueto debe citarse un estudio sobre los poetas del siglo pasado.

EN EXPLORACION

En las últimas sublevaciones de Albania, las partidas volantes que mandaban oficiales europeos cometían todo género de devastaciones.

El grabado representa una de estas partidas en marcha.

EL GRAN CAPITAN

DON GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA

El gran capitán de nuestros ejércitos no tiene una estatua en España. El busto que hoy ofrecemos á nuestros lectores es el único que cincelaron escultores para el gran soldado.

El vencedor de Lerinola, el que dió mas reinos á su rey que ciudades le dejaron su abuelos, sería digno de un monumento grandioso.

LA TOMA DE PLEWNA

En la famosa guerra turco-rusa, la toma de Plewna será siempre una de las glorias mayores de las armas turcas.

En el magnífico cuadro que ofrecemos á nuestros lectores, el artista describe la defensa heroica de una calle contra los regimientos rusos y romanos.

UNA ANDALUZA

Ricardo Madrazo, en una preciosa acuarela, dibujó la elegante figura de una andaluza, de lo más andaluza y de lo más airosa que pueda verse.

Con la guitarra en la mano, mirando picarescamente al espectador, se reclina en la silla con abandono incitante.

LOS PIÉS DE LAS CHINAS

En su curiosa obra, *Viaje al extremo Oriente*, el Sr. Pereira, describe las maceraciones á que se sujetan las chinas para tener los piés pequeños.

Las de clase superior se los mutilan, quedando en vez de pié un informe muñón.

Inútil es decir que no pueden dar dos pasos sin ayuda.

VÉRITAS.

HISTORIAS MADRILEÑAS

LA PRIMERA NOCHE

Salió de la casa de huéspedes donde había comido escasamente, y soportado la conversacion fatigosa de sus compañeros de hospedaje.

No tenía ganas de coger los libros; faltaban todavía tres semanas para las oposiciones y podía darse una noche de vagar.

Desde su llegada á Madrid, y hacía ya de ella quince días, no había salido por la noche solo.

Al llegar á la calle, el aire frío azotó su rostro: aceleró el paso. ¿A dónde ir? Subió la empinada cuesta de la calle Ancha, los tranvías pasaban repletos, y por las aceras, grupos animados de gente se dirigían hacia la Puerta del Sol. Siguió á los demás.

Al llegar al centro de la capital, quedó atontado; un ruido infernal de coches escapados en direccion al Real, de pitos de tranvías, de vendedores de periódicos, le llenó la cabeza é instintivamente buscó un refugio en la primera calle que encontró.

Hallóse al poco rato en la plaza Mayor; algunos pocos paseantes se paraban ante los escaparates de las tiendas, donde brillaban, heridos por la cruda luz del gas, los relojes de metal y las cadenas falsas: al ruido de la Puerta del Sol habían sucedido los lejanos gritos de unos chiquillos que jugaban, y la apagada voz de una vendedora de castañas.

Recordó enseguida la tranquila plaza de su aldea, cuando la atravesaba en aquellas noches frías de invierno dirigiéndose á casa de su tío el boticario: todas las puertas cerradas, reflejando los vidrios de las ventanas el rojizo fuego del hogar, oyéndose á lo lejos el rumor del río y el que produce el viento al agitar los árboles de la vecina huerta. Recordó aquellas pacíficas tertulias alrededor del brasero y tuvo frío.

¿A dónde ir?

Pensó en ir al teatro: había oído hablar de los teatros por horas y preguntó en la primera tienda que encontró, qué teatro había por allí.

Los mancebos, con esa gracia que les distingue, le indicaron el teatro Real, y al decirles que buscaba un teatro por horas, le dijeron que el más próximo era el de Martín; una mujer compasiva le dijo que no lejos de allí, con solo seguir la calle de Atocha, hallaría el de Variedades.

Tomó el camino, pero antes paróse en una esquina, y se enteró de la funcion que daban. Eran ya las nueve y media de la noche, decidió tomar billete para la funcion de las diez.

Daban el primer acto de una comedia en dos: esto le contrariaba un poco. Sin necesidad de meter la mano en el bolsillo, sabía que no llevaba en él más que una peseta, y sabía además que el poco dinero que tenía en casa debía ahorrarlo mucho para que durara por lo ménos hasta saber qué resultado tendrían las oposiciones que le habían llevado á Madrid. Otro día vería el segundo acto de la comedia.

En último caso, así iría á casa más temprano. Sí; definitivamente, volvería otra noche á Variedades.

Llegó al teatro, compró una butaca y esperó en el vestíbulo. Estaba lleno de gente. Abundaban las mujeres de los barrios vecinos, envueltas en gruesos mantones y ocultando la mitad de la cara tras del pañuelo de colores chillones; los estudiantes bullidosos hablando en voz alta de todo, del frío, de la funcion y de política, y algunas familias, por su as-



EN EXPLORACION



pecto provincianas, que esperaban resignadas sentadas en los bancos que se abiera la puerta.

* * *

Entró en la sala brillantemente iluminada, dirigióse á su butaca, sentóse y aguardó. Mientras la gente iba colocándose trabajosamente en su sitio, y la orquesta tocaba una polka popular, paseó su vista por el teatro.

No había más que un palco ocupado. Estaban en él un hombre y una mujer. Aquel, jóven elegante, sacando fuera del palco muy afectadamente la mano para enseñar un grueso brillante; ella hermosísima, con la cara cándida y los ojos inocentes y el cuerpo provocativo é incitante.

Quedóse deslumbrado: á los cinco minutos odiaba mortalmente á aquel hombre y amaba locamente á aquella mujer.

Alzóse el telón: la comedia era insulsa: unos padres ambiciosos, una niña tonta, un amante atrevido, exponían sucesivamente al público sus propósitos.

Prestaba escasa atención á lo que pasaba en el escenario. No podía separar sus ojos de los de aquella mujer: tan pertinaz era su mirada que ella dirigió así como descuidadamente sus gemelos hacia él: algo veía en aquellos ojos ardientes que le gustaría, porque no dejó durante largo rato de mirarle como á un sér extraño.

Pero volvió su atención á lo que se representaba y no volvió á acordarse de aquel á quien acababa de hacer su esclavo.

De pronto bajó el telón y un sudor frío bañó su frente. Le echaban á la calle: ya no tenía derecho á aquella butaca, á aquella sala caliente y alumbrada, á mirar á aquella mujer.

Salió á la calle y esperó.

* * *

El frío había recrudecido: el delgado sobretodo no le abrigaba. A la puerta del teatro no había nadie. Fuera algunos vendedores de periódicos esperando también como él la salida.

Pensó con ira que no tenía dinero para volver á entrar, que quizás uno de aquellos dos coches que esperaban á la puerta era de ella y que ni el consuelo tendría de saber donde vivía. Quería olvidar la media hora de dicha que acababa de pasar y no se movía. En medio de todo le causaba cierta impaciencia el pensar qué fin tendría la comedia.

Aquello duró mucho rato. Al fin empezó á salir la gente.

Arrimóse á la puerta: ¡con qué lentitud salían todos! Y ella no pasaba. ¿Tendría otra puerta el teatro? No dejó, sin embargo, de observar que los dos coches que eran su pesadilla habían ya desaparecido.

Decididamente no faltaba ya nadie; salían ya los porteros, cambiada la gorra galoneada por el aplastado hongo y envolviéndose en la capa. Algunos iban acompañados de sus mujeres.

¡Es ella! Sí, sale del brazo de aquel infame que apreciaba en más sus brillantes que aquella mujer.

La nube y la toquilla ocultan su rostro; solo sus

ojos, aquellos divinos ojos, siguen despidiendo desdénosas miradas.

Sale tras de ellos como un perro. ¿Qué pensarán de él? ¿Le habrá visto?

En aquel momento pasa un coche de alquiler. Se paran, suben á él y desaparecen.

* * *

Corrió detrás del coche como un desesperado; pero lo perdió de vista al poco rato. Para mayor humillación perdió también su camino.

Llegó á su casa con dificultad. Subió apresuradamente la escalera, entró en su cuarto, tendióse en la cama y lloró.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

PLATA MENESES

Hay almas de *plaqué*, del mismo modo que hay almas de oro.

Espíritus que en la primera edad, se engañan á sí mismos; que en los sueños nebulosos de la adolescencia, y sus aspiraciones, sin fijeza, coinciden con el genio y el verdadero talento; pero que ni son ni pueden ser jamás, talento ni genio.

Al principio de la vida, cuando todo sonríe, cuando sólo el espíritu solicita la gloria y los amores, y siente sólo la cabeza la necesidad de ser admirada y el corazón la necesidad de ser querido, en nada difiere el espíritu de los unos y de los otros.

Igual es en ambos el concepto que sobre la sociedad formaron, y las esperanzas que para el porvenir abrigan.

Mientras no los detiene el dique, es igualmente tranquilo el curso del arroyo humilde y del torrente impetuoso. Sólo cuando la valla aparece, el torrente salta embrabecido, coronándose de perlas, y el arroyo se estanca y se deshace en pestilencias y miasmas.

Llega un día que el pueblo, que la ciudad, que la provincia, ahogan con su atmósfera al presunto genio, y vuela hasta la corte, sumidero de esperanzas, escala de ambiciones, teatro de éxitos.

Pronto llega á conocer entonces que allí no son bastante para encumbrarle la aplicación metódica, ni la discreta medida, ni el oportunismo efectista que, hasta entonces, fueron su escudo.

Un mundo nuevo aparece ante sus ojos.

Siente la soledad del abismo, el temor de lo desconocido.

Un poco más y se confunde con la masa. Sólo la entereza de su carácter puede salvarle.

Odia á Madrid, pero no lo abandona; le seduce como la sierpe á su víctima. Madrid, que no tiene como él ya tampoco fé en la sociedad sistemática, y el noble silencio de los *hombres formales*, y que no reputa signos de talento innegable, los lentes bi-convexos, ni la calvicie prematura.

* * *

El genio, el verdadero genio, entonces ó muere asfixiado, falto de constancia, ó se acrisola como el oro entre el fuego, entre el de concentradas pasiones que le rodean.

Pero el otro, el falso profeta, cobra nuevos bríos al sentir su pequeñez.

No tiene fuerzas para pasar la rueda de la suerte, pero ¡mejor! rodará con ella.

No es sabio, (bien lo sabe el pobre), pero no importa, es necesario á todo trance que los demás lo crean.

¿Con qué cuenta? con nada. Mejor dicho, con todo. Con su audacia y con vosotros los hombres de buena fé, los que juzgais el latin idioma bárbaro, utilizais á diario los tranvías y comprais por un perro chico las opiniones hechas en las columnas de *La Correspondencia* y de *El Imparcial*.

Desde entónces lo vereis en todas partes figurando en la izquierda en la primera parte de su vida, y en el último tercio en la derecha.

En todas las procesiones cívicas.

En el salón de conferencias.

En el Ateneo.

En los estrenos de los teatros.

En los círculos, para difundir la instruccion entre los obreros.

En los salones de limpiabotas.

En todos los corros donde se hable fuerte.

En las columnas de los periódicos.

En las listas de socios protectores.

Y muchas veces hasta en la Academia.

Sólo cuando ya están en la cima conocen algunos el error; pero ¿quién lo arroja de lo alto?

¿Cómo logró escalar la cúspide? ¿Quién lo sabe? Ese es su secreto; en eso consistió su verdadero talento.

Hubo un tiempo que su actividad fué vertiginosa; que no hubo hombre ilustre que no fuese su amigo; que fué el primero en apretar, despues de un éxito, la mano de oradores y poetas; que fué el único que tuvo frases halagüeñas para los genios desconocidos, en que resistió con la sonrisa en los labios todas las sandeces de los hombres graves, y en que mal tradujo al castellano (firmándolos, por supuesto como suyos), buenos artículos franceses.

Entónces era suave, con la suavidad repugnante de la manteca.

Pero aquella época terminó conseguido su objeto.

* *

Se logró la apoteosis.

Pero hoy, aquel amasijo, enciente, aquel baño blanco de hipocresía y suficiencia, gastóse por algunos sitios dejando ver el dorado impuro del plaqué que revestía.

Y bien. Aquel dorado impuro toma pronto los tornasoles brillantes del oro de ley, y la gran cruz brilla sobre el pecho del *quidam*, como una estrella de oro, sobre un cielo de tempestades.

* *

¿Qué le queda?

Reposar en el templo de la gloria, dormir en las alturas, donde nadie, porque todos están más bajos, analicen sus deficiencias y sus defectos al verlos.

¿Cuántos que parados en cúpula del templo toman desde abajo por águilas caudales, son tan sólo pavos vistos desde cerca!

JOSÉ DE HERRERO.

COSMOARAMA

EMILIO SALA

Yo, que no creo en la literatura lemosina, creo en los pintores valencianos.

Y creo en Sala, que es valenciano y es pintor.

Pintor que arrebató á la Naturaleza sus secretos, que roba á la luz sus matices y que no calumnia á sus modelos como muchos que no nombro aunque conozco.

* *

Emilio Sala ha pintado el retrato de la infanta doña Paz.

Dicen que ha resultado magnífico.

Yo no lo he visto, pero lo creo, y les aconsejo á Vds. que lo crean.

Lo creo, porque en su estudio, hijo del capricho de un momento, rasgos de inspiracion ardiente y modelo acabado de factura, he visto el retrato que el artista ha hecho de la infanta doña Eulalia.

Lo ha hecho en tres horas, y es un modelo de dibujo, de color, de sencillez, de gracia, de energía.

Y sobre todo de elegancia.

Una princesa vestida de percal.

Es la realizacion artística de la monarquía representativa.

No de la de Alonso Martinez, de la de Gladstone y de Bright.

Es algo que se sale de lo comun, y que hace al asunto simpático en alto grado.

Nunca he sentido tanto no ser príncipe como mirando el retrato á que aludo.

* *

Utudes, con seguridad, no conocen á Celedonio.

Celedonio es un amigo del progreso. Un hombre que pasa su existencia curando hierros viejos de la lepra de los siglos.

Un ser que, como la serpiente de la fábula de Iriarte, muerde el acero día y noche.

La diferencia está en que la serpiente los morde con los dientes, y él lo muerde con las manos.

Y en las manos lleva una lima.

No puede darse hombre mas pacífico.

Pasa su vida en el estudio de Sala, al cual respeta como amo y admira como artista, dedicado á su civilizadora tarea.

Cuando el retrato de doña Eulalia llegó al estudio, Celedonio le trasformó.

Trasladó de pronto el lugar de sus operaciones. Establecióse enfrente del lienzo limpiando una espada turculenta que llevaba entónces entre manos.

Y allí, mirando el lienzo con ojos extraviados, meditó en silencio.

Tal vez pensaba el pobre, contemplando aquella imágen, en los dichosos tiempos en que un atrevido aventurero deshacía, espada en mano, sortilegios y conjuros, y libraba de sus prisiones



LA TOMA DE PLENA

duras, las hijas de los reyes, que, enamoradas y agradecidas, caían después entre sus fuertes brazos.

Tal vez porque es lo cierto que empuñando el chafarote que limpiaba, y blandiéndolo con ademán de gigante de furia, se arrojó sobre el lienzo gritando:

Romperé, señora, el encanto que en lienzo os convierte.

Y acaso sin las voces y los brazos de los presentes, el encanto hubiera terminado.

No sucedió así por dicha, y todo sigue en el mismo estado, con la diferencia solo de que el lienzo está vuelto de cara á la pared, para evitar que los ojos de la figura enloquezcan á ninguno.

La verdad es que, como dice un primo mío, parecen naturales.

* *

Y hablamos de este retrato, porque es lo último que de Sala conocemos.

Lo mismo pudiéramos decir de tantas otras obras que llevan su firma y que le han dado su nombre.

Hace muy pocos meses que en la Exposición Bosch habéis visto su «Valle de lágrimas» y muy pocos días que el jurado le concedió el premio primero.

No hace aún dos años que su techo del palacio de Anglada le hacía obtener una medalla primera, y aún está reciente el recuerdo de su príncipe de Viana.

Y así, invirtiendo el orden cronológico, pudieran citarse todas sus obras.

Su condición predominante es el adelanto manifiesto y graduado que se nota en sus obras, según la época en que fueron realizadas.

Pero yo creo que en adelante poco le será posible adelantar.

Ha llegado á su zénit.

Pinta como pocos han pintado.

Piensa tan bien como pinta.

Toca el piano como piensa.

Y conoce á fondo las literaturas europeas.

Es una demostración palpable de que un hombre chico puede ser un grande hombre.

Su conversacion es chispeante; sus ojos garzos, de fija y penetrante mirada, y sus bigotes ásperezos y fuertes le darían aspecto de mosquetero, si lo pequeño de su estatura lo permitiera.

Se ríe mucho.

Tiene muy buenos libros y fuma muy malos cigarrillos.

* *

Cada pintor, pinta su cuadro.

Su obra acabada, fué obra perfecta.

Sala lo pintará aunque no quiera. Aunque contrariedades y escollos le embaracen su carrera.

¿Cuál será este?

¿Quién lo sabe?

Yo que no creo sino en lo que veo, y que no me jacto de zahorí, lo presumo.

El rumbo de las ideas del artista se ha fijado. Ha visto la meta y vuela á ella.

Y la alcanzará.

Vuela muy alto.

Hay que advertir que Sala jamás ha tenido maestro que dirigiese su vuelo.

Así aprenderá un mi amigo del Ateneo, que para que vuele alguien no es preciso que *á volar lo echen*.

Sino tener alas.

HERRERO.

LA FLAUTA DE ORO

CUENTO DE NIÑOS

¡Muy lejos aquel tiempo.....!

Noches dichosas aquellas en que después de servido el claro huevo, el fresco queso y el bizcocho de espuma caían los hinchados párpados, y se plegaban rojos y húmedos, los labios todavía sonrientes á las dulces caricias de un sueño azul y blando.....

Con la última sonrisa y el último bostezo—acaso también con el último sollozo—lazo de unión entre el mundo fantástico que comenzaba á revelarse, en el primer ensueño, y los hervores de la vida infantil, ya en el sosiego de la noche templados, el cuento, el breve cuento, sencillo y prodigioso,—unas veces regocijado y bello, otras sombrío y siniestro, siempre agitado y siempre inquieto, como una mariposa de inmensas alas y de extraños colores—volando alrededor de los cabellos rubios, llegaba con sus palabras maravillosas, con sus castillos y gigantes, con sus reinas moras y sus caballeros cristianos, encendiendo como carbunclos las fijas pupilas, sumidas en la sombra, y despertando á pesar del sueño algo humano y profundo perdido en la penumbra del cerebro del niño.

La nodriza, la vieja nodriza de rudos halagos y palabra tosca narraba siempre con tono reposado... A veces en su cuento se deslizaba horrible tragedia y otros castos y felices amores..... Ella parecía extraña á aquellas cosas sublimes, é invariablemente dando ligera palmada con sus manos abultadísimas terminaba ora boda, ora entierro, diciendo sencillamente:—Y aquí se acabó mi cuento.....

Entonces se levantaba para ver si el niño dormía, suspendía un momento la respiración y esperaba..... Cuando comenzaba á andar de puntillas yo gritaba á mi vez luchando desesperadamente con el sueño:

—Ama, otro, otro.....

Y el ama tenía que sentarse, y con su voz desagradable y monótona la oía que murmuraba á mi lado sus palabras de siempre:—Pues señor, era que era que en aquel tiempo había un rey moro.....

—No, ese no—decía yo ya casi dormido.

Y el ama contestaba como ofreciéndome lo más selecto de su tesoro:

—Bueno, duérmete y te contaré el cuento de la Flauta de oro.....

Yo callaba y abría los ojos desmesuradamente; pero en aquella última tensión de mis nervios caía rendido como una piedra, soñando con la flauta que en poder del hermano bueno aparecía de oro bri-

llante y puro, y en poder del hermano malo se convertía en un Canuto de Caña.

* * *

Era ese el cuento que más me cautivaba. Cuento extraño, pero moral y honradísimo. Hay en él algo de sentencioso y sabe á parábola bíblica.

—Pues, señor,—me decía mi ama.

Cuando el hermano bueno salió de su choza iba el pobrecito muy triste y lloraba..... le había pegado su hermano.....

Y caminar y caminar, y llegó á un monte..... Allí se paró con sus ovejitas—¡qué bonitas eran las ovejitas!—y las contó y le faltaba una..... ¡Ay, Dios mío! decía el pastorcito, cuando vuelva á mi choza me matará mi hermano..... ¡Cómo lloraba el pastorcito.....! Entonces se le apareció una pastora que le dijo:—Muchacho, ¿por qué lloras?—Y dijo el pastor Porque se me ha perdido una oveja y me matará mi hermano. Pues mira—contestó la pastora—toma este Canuto de Caña y si eres bueno no tienes más que pedirle y tendrás lo que quieras y se convertirá en una flauta de oro.....

El pastor se reía como un tonto..... Cuando la pastora se fué, el muchacho se quedó un rato pensando..... pensando..... y le dijo al canuto de caña: Canuto de Caña, por la virtud que tienes y la que Dios te ha dado, te pido que parezca la ovejita..... Y la ovejita pareció y el muchacho se encontró con que la caña se había convertido en una flauta muy bonita que relumbraba mucho..... mucho.....

El pastor estaba asombrado; creía que era mentira lo que veía; entónces volvió á decir: Canuto de Oro, por la virtud que tienes y la que Dios te ha dado, quiero que ahora mismo me lleves al palacio del rey..... y en aquel momento se encontró delante de un señor muy alto y muy serio con una corona muy grande y unas barbas muy largas, lleno de oro y de piedras que brillaban más que el cristal..... ¡mira tú si brillaban.....!

—Muchacho—le dijo el rey—¿Quién te ha traído por aquí?—Y contestó el pastor: Mi buena ó mi mala suerte.—¿Qué quieres?—volvió á decir el rey.—Quiero vivir aquí y no guardar más las ovejas.—¿Por qué?—Porque me pega mi hermano y lloro..... El rey se echó á reír y dijo á un gran señor que estaba por allí cerca: Mira, que vistan á este muchacho y le den de comer en platos de oro muchos pavos y muchos dulces y muchas cosas buenas..... despues que lo pongan en una habitación grande, muy grande, de mármol; con muchos espejos y cortinas de terciopelo, y sillones dorados, y que se acueste en una cama muy hermosa, con sus colchones de plumas y sus sábanas de seda.....—El pastor—continuaba el ama—comió como un gañan y durmió como un descosido..... Al día siguiente, cuando despertó vió á su lado una cara..... ¡qué cara! ¿Te acuerdas—me decía—de la Virgen de la Piedad, cuando sale en la procesion de la feria?—¡Jesús!—Era la misma cara de la Virgen..... ¡Qué bonita, Dios mío!—Pues figúrate el espanto del muchacho cuando aquella cara de rosa le dijo: Pastorcito, yo soy la hija del rey..... y vengo á decirte que estoy enamorada de tí y quiero que te cases conmigo..... El pas-

tor se reía, se reía como un condenado..... ¡Cómo se le caía la baba de gusto!—Pero figúrate tambien que andaba por allí, oyendo la conversacion, el gran señor que servía al rey. Y ¿qué hizo? Pues fué á contárselo enseguida á su amo.

¡Pobrecito pastor.....! ¡Pobrecito niño.....! Tunantes, ingratos, os voy á matar, entró gritando el rey.....

A ver, á esa muchacha que se la lleven á un tormento, y á este arrapiezo que le den doscientos azotes y que se vaya con sus ovejas.....

¡Qué apuros los del pastor! Como estaba en la cama, no podía pedir nada á la flauta de oro, que se la habían llevado con su zamarra.....

¡Nada! no hubo más remedio que recibir los azotes..... ¡y cómo le pusieron el cuerpo! parecía un *Ecce Homo*..... Y otra vez se puso su ropa de pastor, y con un pan y medio queso que le dieron para el camino, echó á andar el pobrecito..... ¡Qué malito estaba! Figúrate si estaba malito, que no se acordaba de pedir nada á la flauta..... y anda, y anda.—¡Qué sed tengo! dijo, y se puso á beber en una fuente que encontró al paso..... No hizo más que bajarse á beber, y oyó como debajo del agua un ruido ¡ay! grande y que una voz decía:—Pastor..... pastor..... acuérdate de la pastorcita del monte..... acuérdate del canuto de caña.

¡Dios mío! qué alegre se puso el muchacho. No hizo más que levantarse y echó mano al bolsillo..... allí estaba la flauta, y comenzó á saltar y reír.....

Canuto de oro, le dijo—quiero que venga enseguida la hija del rey, y la hija del rey llegó en un periquete—quiero tener un palacio como el de su padre—y se levantó en un momento al pié de la fuente un palacio de jasper; quiero tener dinero, mucho dinero, y comenzaron á llover monedas de cinco duros; quiero que el rey me case con su hija, y el rey llegó con toda su corte y un gran ejército y se casaron los novios como dos tórtolos..... un día se murió el rey que tenía un hermano, y el pastor que era el hombre más feliz del mundo le dijo á su flauta:—Canuto de oro, por la virtud que tienes y la que Dios te ha dado, te pido una última cosa—te pido que me hagas rey.

Y dicho y hecho; el pastorcito se puso la corona y el manto. ¡Y si vieses qué guapo estaba, y cómo le daba vivas la gente.....! ¡Qué de fiestas.....! ¡Qué de fuentes de vino en la calle, y qué de repicar las campanas, y de cohetes, y de luces, y de colgaduras.....!

A todo esto, el hermano malo se había quedado en su choza, y el hermano bueno, ya rey, quiso perdonarlo, y lo llamó á su lado..... El hermano malo no quería creer lo que veía..... Pero el rey le explicó que tenía un canuto de oro de quien todo lo había alcanzado, y despues le dijo:—Mira, á mí ya nada me falta; toina tú la flauta y pídele cuanto quieras; á ver si logras ser tan feliz como yo..... El hermano malo se metió la flauta en el bolsillo, ¿y lo creéis? Cuando se quedó solo, se encontró con que la flauta de oro se había convertido otra vez en un canuto de caña..... Pidió y rógó, lloró como un desesperado; pero la caña, por nada del mundo, volvió á brillar como antes..... Y aquí decía mi ama terminando bruscamente, aquí se acabó mi cuento..... permitién-



UNA ANDALUZA



Exposición de PLANTAS y FLORES. S. Cruz, 42, pisos principales. G. KUHN.



LOS PIES DE LAS CHINAS

dose en algunas noches añadir: con que ya sabes que es menester que seas bueno.

*
* *

¡Cuántas veces viviendo ya esta vida de contrastes y de agitacion he recordado el cuento de la vieja nodriza!

—Soy rico—le oí decir en una ocasion á cierto personaje—soy rico, famoso, poderosísimo; á mi lado pasan sonriéndose las mujeres más bellas; mi mesa es un perpétuo festín; una palabra mia es concesion de grandes mercedes; mi pecho ostenta las insignias de los más altos honores; mi lecho es blando, suntuoso mi palacio y mis aduladores infinitos.....

¿Qué me falta?—Nada..... La fortuna y yo nos hemos dado un abrazo eterno..... Sin embargo ¿piensa alguien que el goce de mi vida es intenso, que mis alegrías son vivas, que mi cielo es azul.....?

En mi palacio siento frio—en mi mesa de gran señor, infinitas desganas; en las adulaciones de mi séquito no encuentro una palabra que penetre derecha en mi corazon—en los brazos blancos y esculpturales de mis mujeres hermosísimas, me devora el hastío, y en mi lecho de plumas el insomnio me enloquece.....

En frente de este hombre, todo oro y todo hielo, todo brillo y todo sombra, en cuyas manos la flauta maravillosa se convierte en infecunda caña, tambien he visto á muchos tristes desheredados pasar con sus años frescos y jóvenes, con sus almas grandes y sus ardientes miradas puestas en todos los horizontes de la vida, trasformando en alegrías las tristezas, los decaimientos en arranques, la voluntad en palanca poderosa enflaquecida por la lucha, los desengaños en esperanzas y el corazon y el alma en alas siempre abiertas para volar á las alturas..... y viendo pasar á esas aves, á quienes todo falta y á quienes todo sobra, legion que adquiere fuerzas en las derrotas y vive y canta, y ríe mirando siempre hácia su espíritu, pienso en el viejo y querido cuento, y á mí mismo me digo: ¡Oh juventud, tu eres la gran *Flauta de oro*!

JULIO BURELL.

LA JUSTICIA DE DIOS

Acababa de morirme, y aún estaba bajo la penosa impresion que me produjo el desconsuelo de los seres queridos que rodeaban mi lecho de muerte, cuando, entre aquella barahunda de emigrados terrestres que corrimos presurosos al tribunal de justicia, para averiguar nuestro destino final, tropecé con un alma de aspecto tan altanero que presumí buenamente que habia pertenecido á algun gran personaje, á quien costaba trabajo acomodarse á su nuevo modo de ser. Confieso que me sorprendió sobremanera, porque recordaba todavía que el sacerdote que me habia auxiliado con sus consejos en el trance fatal, me habia repetido hasta la saciedad que iba á penetrar en una region en donde se borraban todas las diferencias que en la tierra nos caracterizan; pero como ante los hechos nada significa-

ban las laberínticas é intrincadas razones en que el bueno del teólogo habia basado toda su argumentacion, me olvidé bien pronto de él y me puse á seguir de cerca al personaje que tanto me habia chocado. Calculaba yo que el juicio á que habia de sometersele, daría lugar á incidentes notables, y no queria perdonarme aquella escena de un género completamente nuevo para mí.

Bien pronto estuvimos á la vista del palacio de Justicia y aún tardamos en llegar un buen rato, con gran admiracion mia, pues no se me habia ocurrido que, estando en el mundo de lo sobrenatural, los efectos ópticos habian de ser completamente distintos de los que en la tierra se producen. A medida que nos aproximábamos, notaba en mí una cosa por demás extraña. Parecía como que todos mis sentidos se aguzaban y que convergían sobre mí atropellándose, todas las sensaciones y recuerdos de mi accidentada existencia; era, en fin, una como reconcentracion de todo lo vivido, en un instante supremo, que habia de preceder sin duda al olvido de todo lo pasado.

No bien penetramos en aquel bastísimo edificio, que más parecía templo indio que catedral cristiana; por lo monstruoso de su arquitectura me sentí como anonadado. La atmósfera que allí se respiraba era de fuego; las emanaciones del espíritu divino que hasta nosotros llegaban, nos hacían presagiar la proximidad del Dios de las penas terribles y eternas que se venga del prógimo mortal que logra escaparse á su influjo, faltando á las leyes que en su omnimoda voluntad plugo imponerle.

Aún no habia conseguido reponerme, cuando comprendí que nos hallábamos ante su presencia. El misterioso personaje á quien venia siguiendo se habia separado bastante de mí, aunque no tanto que no pudiera contemplarle á mi placer. Habia debido pasar por iguales impresiones que yo, porque noté que estaba algo decaído. Ocurrióseme alzar la vista al trono de Dios. Nunca lo hubiera hecho. Instantáneamente me vi derribado y como herido por un rayo; entonces comprendí que habia cometido una torpeza al querer afrontar la presencia divina cuando todavia conservaba gran parte de mi vestidura terrena. No le volví á ver en todo el curso de los sucesos que voy á referir, y hoy, cuando trato recordar algo de lo que en aquel instante pude entrever, se me representa algo parecido á la pintura que de él hizo el divino Rafael en un magnífico fresco de la creacion de los cielos.

Por fin le llegó su turno á aquel personaje, y entonces supe que habia ido en seguimiento de un monarca de los que en la tierra se conocen, entre otros nombres, por el de reyes de derecho divino. Estaba yo colocado de tal manera que podía ver al acusado sin que me hiriesen los destellos de la Divinidad.

El procedimiento no sabría decir si fué corto ó largo, porque iba perdiendo por momentos toda nocion de tiempo. Sólo pude darme cuenta de lo que allí sucedió siguiendo atentamente el curso del proceso en el rostro del monarca, en el que se retrataba la escena toda hasta en sus menores detalles con una fidelidad asombrosa. No sabría referirle in-

tegro, porque confieso que algo perdí de aquella mística de que nunca hubiera podido formarme idea en la tierra; pero lo que recuerdo voy á traducirlo al lenguaje vulgar y corriente, porque ello basta á formarse cabal idea de la justicia de Dios y puede servir de enseñanza á las gentes.

Entregaron al acusado un rosario de pecados tan largo, que, aunque poco acostumbrado á estos cálculos, supuse por su extension que apenas si debió ocurrírsele nada bueno en vida. Empezó á repasar las cuentas como hombre que tiene en ello gran práctica y experiencia, y despues de atentamente examinadas, dijo con aire socarron que denotaba cierta confianza con Dios; que todo aquello que allí aparecía ensartado, no se le había ocurrido hasta aquel momento que fuese nada; porque todo ello obedecía á un plan que él había ideado para que su pueblo llegara al *summum* de prosperidad; que cuando se murió lo hizo convencido de que su plan no se había realizado; no se debía á su falta de bondad, sino á deficiencia en los agentes á quienes confió su ejecucion; que organizaciones tan malas como la que él ideó se inventaban todos los días, y que si no se ponían por obra, era porque sus autores no podían hacerlo, y que como él no tenía la culpa de que por ser hijo de su madre se les hubiera antojado confiarle un pueblo para que lo gobernase, no podía exigirle estrecha cuenta por todo aquello.

Declaradas inadmisibles aquellas razones, alegó que si como se aseguraba, él era el representante de Dios sobre la tierra, no podía criticársele por haber tratado de imitar á su representado; pues si Dios había hecho un mundo para su gloria, bien podía él permitirse el lujo de modelar un pueblo para su satisfaccion y recreo, que al calcular las resistencias que por todas partes habría de encontrar, se le antojó que para vencerlas tendría que cometer una larga serie de injusticias, pero que la gente de iglesia y cortesanos que estaban á su alrededor acallaron sus escrúpulos, diciéndole que un rey no podía engañarse nunca, que todo cuanto hiciera había de ser justo y equitativo, y que si sus súbditos se quejaban de ello, sería porque la vida miserable que arrastraban, no les permitía comprender la grandeza de los proyectos que el monarca abrigaba.

Bien quería continuar el orador por este camino, pero atájole Dios, y con aire muy enojado le dijo en sustancia, que todo aquello no era más que puro charlatanismo, y que en conciencia, si no encontraba otros descargos, estaba abocado á irse derecho al infierno, porque hallándose dotado de discernimiento y de razon suficiente para comprender lo bueno y lo malo de las cosas, no debió nunca dar oído á los consejos de los cortesanos.

Al escuchar este razonamiento, revolvióse airado el monarca, y con una dignidad y entereza de que no le hubiera creído capaz, dijo: «Parece imposible que con semejantes razones se pretenda condenar á un hombre. ¿Tengo yo la culpa acaso de que el mundo se halle organizado de tal manera, que del fondo del mal vaya surgiendo el bien? La herencia, toda de pasiones, miserias y flaquezas que se legan los unos siglos á los otros, aunque cada vez en menor escala, ¿ha podido dejar de influir en mi ánimo

por el solo esfuerzo de mi voluntad? Yo me he encontrado ligado á mi tiempo como la mayoría de los hombres, y si no he sido una de esas excepciones que se llaman héroes ó génios en el mundo porque se sobreponen á los suyos y se adelantan á su tiempo, no es mía la culpa, que al fin y al cabo, de las condiciones en que vine á la vida, debía arrancar mi desenvolvimiento ulterior, y semejantes condiciones me fueron impuestas. Yo he caído unas veces y me he levantado otras. Las injusticias de mis antepasados, como las de mis contemporáneos, cuando alcancé á verlas, me sirvieron de enseñanza, así como las mías lo fueron para estos últimos y lo serán para las generaciones venideras, porque en el mundo no sucede nada que no tenga su razon de ser por absurdo que parezca. Si todo es relativo en el mundo, si para que existan mártires ha sido preciso que existieran verdugos, si cada hombre no escoge el papel que ha de representar en la tierra, ¿por qué...» No pudo continuar.

Espantado Dios de tantas herejías y blasfemias que alentaban á más de cuatro que nos hallábamos en idéntico caso, dictó el fallo condenatorio que fué ejecutado en el acto por sus ministros, sepultando en el averno al mísero monarca.

Prodújome tal impresion aquel inesperado desenlace, que me puse á temblar, no sólo por lo que había visto, sino por lo que me aguardaba; intenté huir, pero me fué completamente imposible. Un sudor frio me invadió de repente; aquello era una segunda muerte más horrible que la que ya había pasado. Bajo tan penosa impresion volví á la vida.

Cuando me convencí de que todo había sido un sueño, respiré con verdadera satisfaccion; pero al recordar que al salir á la calle había de tropezar con quien predicaba á Dios tal como yo acababa de verle, y que era mi obligacion creer en aquella justicia, porque yo, rebelde criatura, no podía sublevarme contra sus preceptos, que por boca de la religion se me enseñaban, me quedé nuevamente postrado.

ACADEMUS.

ADVERTENCIA

Ya en máquina el presente número, un accidente inutilizó uno de los grabados, lo que ha retrasado veinticuatro horas la salida de LA ILUSTRACION.

DR. GOÑI Especialista en las vías urinarias.—Montera, 5, segundo.

EL MAESTRO POPULAR.

El francés sin maestro en 52 lecciones.

Precios: 50 rs., en Madrid; 54 rs., por correo certificado á provincias. En venta en todas las librerías y en la Administración, Arenal, 6, (tienda de Martinho y Compañía), Madrid.

Imp. de LOS MUNICIPIOS ESPAÑOLES, Jesús, 3.

PEINETAS DE FANTASÍA

Y ADORNOS PARA CABEZA

Se han recibido los últimos modelos y de más novedad para Cuaresma y Semana Santa en la

PERFUMERÍA FRERA

Casa especial en blancos y tintes.

CALLE DEL CARMEN, NÚM. 1, ESQUINA A LA DE TETUAN

LA EPILEPSIA Ó ACCIDENTES NERVIOSOS

vulgo MAL DE CORAZÓN, Alferec a y mal de SAN PAU en Cataluña

No se desconfíe de la CURACION, por antiguo que sea el padecimiento, de las enfermedades NERVIOSAS tenidas por incurables, con las Pastillas Antiepilepticas de OCHOA (*farmacéutico*), cuyos prodigiosos resultados son la admiracion de enfermos que padecían 20 y 30 años.

Para más detalles, se dan prospectos GRATIS, Duque de Alba, 15, Madrid. De venta en las principales farmacias de España, Isla de Cuba, Puerto-Rico, Méjico, Canarias y Filipinas.

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

(ESQUINA A LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MÁS!!

Las máquinas "SINGER" para coser han obtenido en la Exposicion de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cúidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑÍA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



COMPANÍA TRASATLÁNTICA

VAPORES-CORREOS

DE LA

(Antes de A. Lopez y Compañía.)

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y VERACRUZ

IDEM PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y PACÍFICO

SALIDAS.—De Barcelona, los días 5 y 25 de cada mes; de Valencia, el 5; de Málaga, 7 y 27; de Cádiz, 10 y 30; de Santander, el 20, y de la Coruña, el 21 de cada mes.

Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz tocan en LAS PALMAS (Gran Canaria), admitiendo carga y pasaje para dicho punto y Veracruz.

SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Para más detalles, diríjase á Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35, Madrid.—Ripoll, Barcelona.—Delegación Trasatlántica, Isabel la Católica, 3, Cádiz.—Sres. Angel B. Perez y Compañía, Santander.